

NEON YANG

LAS MAREAS NEGRAS
DEL CIELO



«Las mareas negras del cielo dirigen el curso de las vidas humanas».

En un mundo en el que resurgen los animales legendarios y la remancia es el privilegio de unos pocos, la protectora, Sanao Hekate, gobierna con mano de hierro. Los hados, siempre dispuestos a enmarañar las vidas humanas, intervienen en el nacimiento de sus gemelos Akeha y Mokoya marcando a los niños hacia un destino singular.

Mokoya, el último profeta.

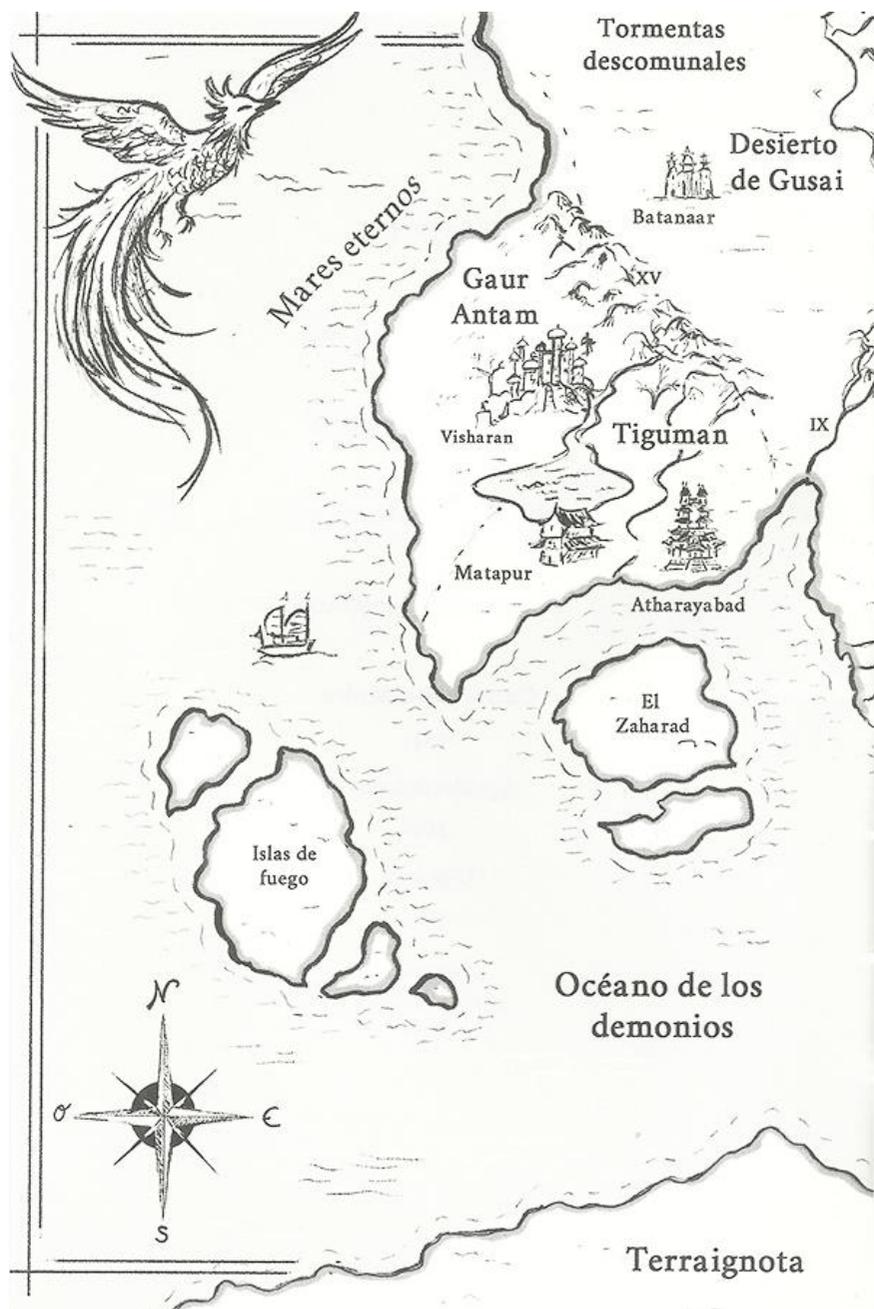
Akeha, el niño que no debió nacer.

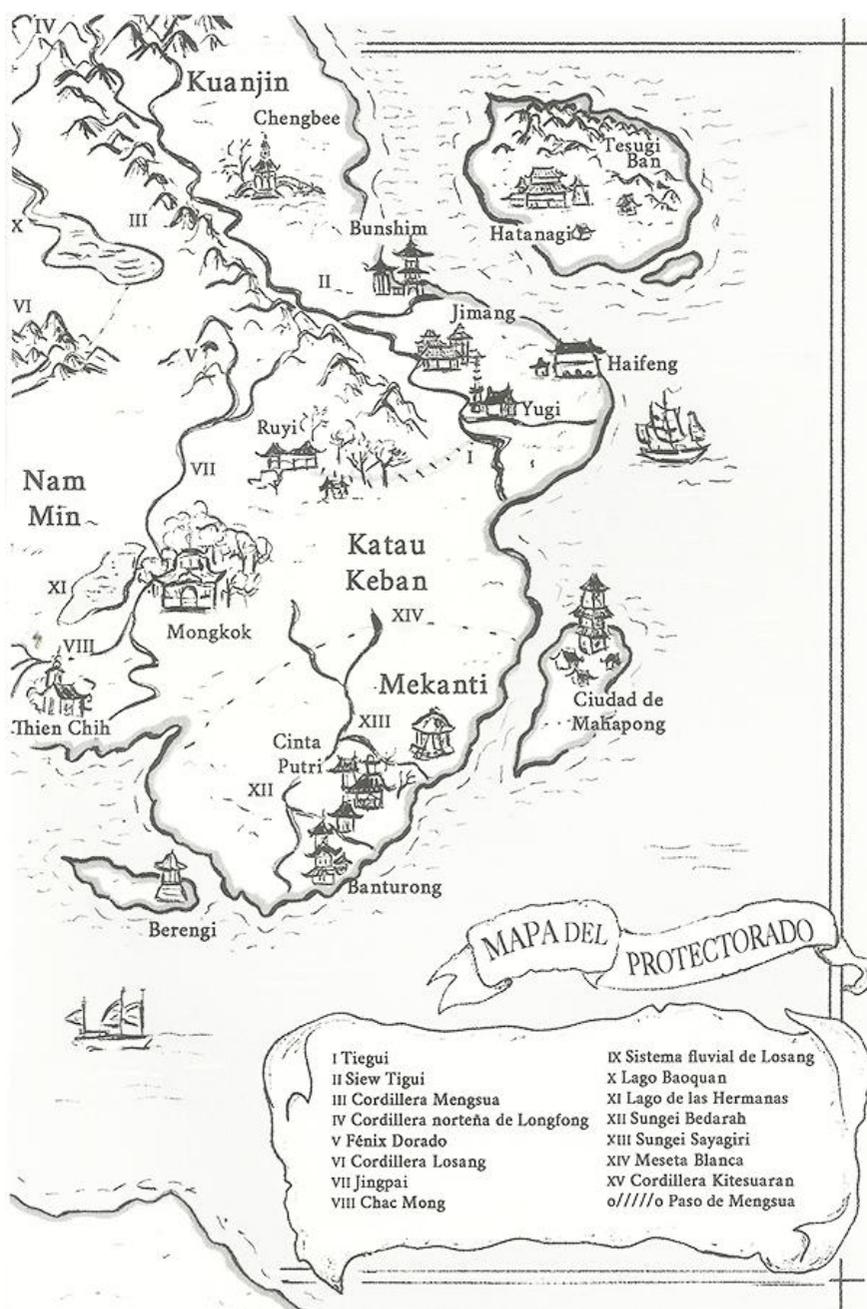
Los gemelos deberán discernir su propio camino, enredado entre el implacable poder de la protectora y el alzamiento de los rebeldes maquinistas que están dispuestos a poner fin a todo cuando Mokoya y Akeha han conocido.

*Para mi familia queer, que pasa el rato
conmigo en el Remanso*

Nota sobre la traducción

En la novela original se utiliza el género no binario para referirse a los diferentes personajes que aparecen en la historia. En castellano el traductor ha optado por usar lenguaje no binario directo de manera generalizada según el deseo del autor, y así trasladar el texto con la mayor fidelidad al original.





PRIMERA PARTE
MOKOYA



CAPÍTULO 1

Primer año

El abad Sung del Gran Monasterio aún no lo sabía, pero esa noche cambiaría el curso del resto de sus días.

Se hallaba en la base de la escalinata que conducía al Gran Palacio Elevado del Protectorado, ese magnífico edificio en expansión que pocas personas de la zona tendrían el privilegio de ver de cerca y, mucho menos, de entrar. Esa noche, la mismísima protectora le había citado.

Ochocientos peldaños de alabastro se extendían sobre su cabeza. Según la tradición, el trayecto hasta el palacio debía realizarse sin la ayuda de la remancia, y el abad Sung era, ante todo, tradicional. No había forma de evitar aquello y, por tanto, empezó a subir.

La oscuridad había caído como una mano fría sobre la parte superior de los tejados extenuados y sudorosos de Chengbee. A medida que el abad subía peldaño tras peldaño, el hábito se le pegaba al cuerpo: bajo los brazos, en los riñones. La luna rotaba descubierta por el cielo despejado, pero en menos de una hora el sol regresaría para abrasar la tierra y traería con él el inicio de la siguiente jornada. En días buenos, las exhalaciones de la capital adquirirían un aire alegre, ese tipo de energía que se acumula donde los jóvenes y los inquietos se reúnen alrededor de los huesos de algo viejo. Pero, durante todo el verano, Chengbee había permanecido apático, jadeando como un perro sediento.

El verano anterior, las mismas temperaturas habían marchitado campos de cultivo y secado ríos, hasta convertirlos en heridas marrones de la tierra que apestaban a polvo y podredumbre. Miles de vientres de peces congestionaban

las superficies de los lagos. Con el calor había llegado el racionamiento de la comida y el agua; con el racionamiento habían llegado los disturbios por el malestar y, con los disturbios, el puño de hierro de la protectora había caído sobre el pueblo. Por las calles fluyó sangre en vez de lluvia y en los campos echados a perder se segó una nueva cosecha de tumbas.

Ese año, las calles habían permanecido tranquilas. El abad descubrió que aquello no le pesaba tanto en la conciencia como se había temido.

En el peldaño cuatrocientos, el aliento del abad era de ácido y sus piernas eran de plomo. Le quedaban cuatrocientos más. Daba igual cuánta meditación y entrenamiento hiciera, ni siquiera el equivalente a toda una vida podía compensar la vejez.

Aun así, siguió subiendo. Ni un hombre de su talla podía desafiar una citación directa de la protectora. Y luego estaba la cuestión de la deuda que la protectora había contraído con él el verano anterior.

Era extraño. No se la había visto en público durante varios meses y en su ausencia habían aparecido redes de rumores. Estaba enferma. Había muerto. Sus hijas mayores estaban enzarzadas en una lucha de poder. Sus ministros, parte de los cuales se habían manifestado públicamente en contra de la brutalidad del verano anterior, habían llevado a cabo un golpe de Estado. El abad había oído todos esos rumores y sopesado sus respectivos méritos, aunque no pudo llegar a ninguna conclusión.

Al menos ahora podía descartar el rumor sobre su muerte.

Subió el último peldaño con un gran suspiro. Sentía las piernas de gelatina. Una cortina de estrellas que danzaban y palpitaban envolvió el pabellón de entrada mientras la sangre regresaba poco a poco a su cabeza.

El abad Sung se había criado en un pueblo minúsculo en el extremo septentrional de la cordillera Mengsua, un

punto de intercambio comercial habitado por apenas mil personas. El Gran Palacio Elevado, con sus amplios patios y sus jardines interminables, era fácilmente tres veces más grande que su pueblo natal. Sus miles de habitantes (cocineros y cortesanes, administradores y tesoreros) viajaban de un extremo a otro en carros flotantes.

Uno de esos carros aguardaba al abad mientras su vista se aclaraba. Junto a su forma abultada y más o menos cuadrada envuelta en seda se hallaba una persona a quien había ansiado ver: Sanao Sonami, le menor de los seis hijos de la protectora Sanao. Sonami acababa de cumplir quince años, pero aún llevaba la túnica infantil sin género y el cabello recortado en un cuadrado en la parte superior de su cabeza y recogido en un moño. Sonami se inclinó con las manos cruzadas en un gesto de respeto.

—Venerable. Me han pedido que le lleve ante mi madre.

El abad le devolvió la reverencia.

—Espero que estés bien, Sonami.

—Todo lo que puedo estar.

El carro era lo bastante grande para que se sentaran dos personas cara a cara. Por dentro era sorprendentemente sencillo: unos simples cojines rojos sobre madera de palisandro tan oscura que casi era negra. Sonami pulsó con delicadeza a través del Remanso y el carro empezó a moverse, flotando sereno sobre el suelo. Para alguien tan joven y sin formación, la remancia de Sonami contenía una elegancia y una simplicidad que el abad sabía apreciar.

—¿Tu madre te ha comentado algo sobre venir al monasterio? —preguntó mientras los muros blancos y los puentes de madera del Gran Palacio Elevado pasaban junto a las ventanillas adornadas del carro.

—Ojalá —respondió Sonami, sacudiendo la cabeza.

—Entiendo. —El abad había albergado la esperanza de que la citación tuviera relación con el destino de la niña...

Aunque quizá «esperanza» era una palabra demasiado fuerte en lo relativo a asuntos relacionados con la protectora.

—Ha decidido que debo iniciar mi aprendizaje con los maestros de la naturaleza forestal en el Tensorado —respondió Sonami en voz baja, con las manos cruzadas.

—¿Ah, sí?

Le niño se miró los pies.

—No lo ha dicho así directamente. Pero madre posee métodos para hacer saber sus deseos.

—Bueno, quizá tras nuestra conversación cambie de opinión.

—¿Conversación? —Sonami miró con alarma al abad—. ¿Es que nadie se lo ha contado?

—¿Qué es lo que no me han contado?

—Si lo pregunta, es porque no... —Le niño se desplomó en su asiento con un suspiro—. Entonces tampoco me corresponde a mí decírselo.

El abad no sabía a qué se refería. «Un misterio que se resolverá al final de este trayecto», pensó.

—Cuando accedió a ayudar a madre con los disturbios del verano pasado, ¿qué le pidió exactamente a cambio?

—Pedí que enviara a uno de sus hijos al monasterio.

—¿Y dijo mi nombre?

El abad se rio entre dientes.

—Nadie osaría mostrar tanto descaro y plantear una petición tan directa. Ni me imagino lo que habría respondido la protectora. Anhelaba, por supuesto, que acabara por enviarte a ti. Eso es lo que esperábamos, ¿verdad?

El resto de las hijas de la protectora ya ocupaban los cargos en la administración que les habían otorgado. Sonami era la única que quedaba.

Le niño frunció el ceño y se puso a mirar por la ventanilla. El carro se acercaba a una maravillosa obra de la remancia: un cuadrado enorme de agua que se mantenía en pie sin ningún apoyo y rodeaba el centro del Gran Palacio. Con cien yields de alto y mil yields de largo y ancho, el cubo-fo-

so era lo bastante extenso como para engullir cincuenta casas. Unos peces dorados más grandes que la cabeza de una niña cruzaban el turquesa cristalino.

Sonami tiró con suavidad del Remanso y las aguas se abrieron lo justo para permitir la entrada al carro. Los peces, curiosos, nadaron alrededor de esa intromisión en su hábitat. El carro se dirigía al santuario más recóndito del Gran Palacio, un lugar al que solo accedían la protectora, sus consejeros más cercanos y su familia. El abad Sung nunca lo había visto en persona, hasta ese momento.

El carro emergió de las aguas al centro hueco del cubo. Toda una vida de purgar emociones y deseos básicos no había preparado al abad para el espectáculo del santuario de la protectora. Piedra flotaba sobre agua, losas de color gris formaban la base para un teselado de edificios cuadrados hechos con madera de todos los colores. Árboles (cerezo, sauce, fresno) entrelazados unos con otros, raíces y ramas tejidas en forma de redes por entre las cuales la luz creaba motas de colores; la luz de las linternas, danzando desde los enormes globos de papel que colgaban y resplandecían elevados en el aire.

El abad se dio cuenta a continuación de que los árboles y los edificios eran lo mismo y uno solo. Algún arquitecte desconocido del Tensorado había tejido madera viva alrededor de unos cimientos de piedra, los había plegado en figuras geométricas triangulares imposibles de distinguir de las construcciones tradicionales. Hasta las esculturas sobre las vigas de los tejados eran de madera viva, guiada mediante remancia hasta adquirir la forma precisa. Dragones, fénix y leones en llamas vivían y respiraban y crecían.

—Supuso mucho trabajo —dijo Sonami cuando el abad tomó una bocanada incrédula de aire.

—¿Es obra de tu madre?

—No, lo hice yo. —Como el abad frunció el ceño, añadió—: Junto con más personas. Pero yo dirigí el diseño. —Le niña observó su obra—. La persona que diseñó el anti-

guo santuario fue purgada tras los disturbios. Madre quiso cambiarlo.

—¿Y te lo pidió a ti?

—Fue una prueba —respondió Sonami, asintiendo con la cabeza—. No lo supe en aquel momento, pero lo fue.

—Está muy bien hecho.

—Según madre, poseo un talento que no debería desperdiciar. Es un don poco habitual, o eso dice.

Sonami detuvo el carro bajo la copa de dos cerezos entrelazados, uno rojo y otro blanco.

—No debería haberle dado espacio a mi madre para interpretar su petición como quisiera —añadió Sonami al apearse.

Le niño condujo al abad por unos escalones de piedra poco pronunciados. Mientras recorría un pasillo de madera flanqueado por ventanas de una delicada serigrafía, el abad se endureció. Si la protectora se pensaba que renunciaría a su pacto sin pelear, se equivocaba. Los códigos antiguos que regían ese tipo de cosas eran más profundos que los ríos y más viejos que la sangre de la protectora. No podía prescindir de ellos con tanta facilidad. Despreciarlos sería poner en duda la naturaleza misma de la autoridad. Y la protectora, descendiente de invasores extranjeros en esa tierra, no querría que algo así ocurriera.

Había prometido una de sus hijas al monasterio y le daría al monasterio una de sus hijas. El abad se aseguraría de que así fuera.

Sonami apartó con un gesto la puerta blanca de seda que protegía su destino. Una corriente de aire frío rodeó los tobillos y el cuello del abad y lo envolvió al entrar en la sala.

Y, entonces, lo oyó: el llanto agudo y débil de una recién nacida.

Una bebé. Una niña.

El abad cerró los ojos y, en silencio, recitó un sutra de concentración antes de seguir a Sonami hasta el otro lado

de los biombos situados para ofrecer más privacidad en la habitación.

La protectora Sanao se reclinaba en un diván, apoyada en unos cojines de seda amarilla; llevaba el rostro sin maquillar y el pelo recogido en un pulcro moño sobre la cabeza como una granjera. Vestía ropa sencilla de lino grueso teñido de azul oscuro, sin ninguna de las galas que se asociaba a su cargo. Pero no necesitaba adornos para ocupar la sala del mismo modo que el sol ocupa el cielo.

—Venerable —dijo, su voz dura y suave como el mármol—. Le he hecho venir para saldar nuestra deuda del verano pasado.

El abad ya había visto todo lo que necesitaba: la ropa holgada, la piel sonrojada que hablaba de sus esfuerzos recientes. Los misterios que lo habían atormentado como el calor veraniego (su desaparición pública, los comentarios enigmáticos de Sonami) se desenredaban como lana vieja.

La protectora hizo un gesto con la mano y una ayudante, una tensora no mucho mayor que Sonami, fue a toda prisa a apartar la tela roja de la cesta de mimbre que había sobre la mesa entre ellos dos.

El abad sabía lo que contenía la cesta y se preparó mentalmente para el momento en el que tendría que mirar su interior. Sin embargo, cuando el momento llegó, parpadeó sorprendido. Dentro no había una bebé retorciéndose con la cara roja y envuelta en un paño, sino dos. Una de ellas lloraba; le otre parecía querer echarse a llorar, pero sin saber aún cómo se hacía.

—Gemeles —dijo la protectora sin más.

El abad la miró y luego volvió a observar la cesta. No le llegaban las palabras.

—Pidió un precio de sangre y ahora le pago íntegramente y un poquito más. El destino conspiró para duplicar nuestras bendiciones. Considere este gesto de generosidad como una forma de gratitud por la ayuda recibida el año pasado por parte del monasterio.

Le bebé que lloraba dejó de hacerlo para observar al abad. Tenía los ojos dispares, uno marrón, otro amarillento. Su rostro se arrugó por la confusión o por cualquier otra emoción ilegible... Solo era un bebé, al fin y al cabo. Se echó a llorar de nuevo. Finalmente, su gемеle se unió a su llanto.

Los sentimientos del abad oscilaban como un péndulo. Rabia hacia sí mismo, por no haber predicho aquello. Desprecio hacia la protectora, por haber hecho algo así.

La protectora juntó las manos.

—Ahora le pertenecen. Haga con ellos lo que le plazca.

—El Gran Monasterio no ofrece aprendizaje a niños menores de seis años —dijo. Era cierto. No tenían ni instalaciones ni medios para ocuparse de la llegada imprevista de dos recién nacidos hambrientos—. Les llevaré a uno de los monasterios menos importantes que tenga orfanato, donde quizá...

—No he dado a luz a estos niños para que les críen unas monjas en algún distrito de mala muerte —replicó la protectora con aspereza. El abad se quedó de nuevo sin palabras—. Muy bien. Si el Gran Monasterio no les acepta, les criaré yo misma hasta que cumplan los seis años. Vuelva a por ellos entonces. —Hizo un gesto a su ayudante tensora—. Xiaoyang.

La ayudante colocó de nuevo la tela roja y se llevó la cesta, desapareciendo por la pared de seda pintada que había detrás de la protectora.

La mujer le dedicó una sonrisa al abad digna de un tigre.

—Estoy segura de que, a su regreso, descubrirá que son adecuadas —añadió con suavidad. El abad la miraba fijamente—. ¿O pone en duda el cumplimiento de nuestro acuerdo?

—No, Su Eminencia.

Se inclinó con deferencia. ¿Qué otra cosa podía hacer?